

ALFAGUARA



Jaime Bayly

El cojo y el loco

El cojo no nació cojo. Nació jodido, pero eso no lo sabían sus padres ni, por supuesto, él mismo. No nació jodido porque sus padres fuesen pobres o no lo quisieran; sus padres tenían dinero y lo esperaban con amor. Nació jodido porque su destino era el de ser cojo, cojo desde niño, y que sus padres se avergonzaran de él y lo escondieran de sus amigos y lo trataran como a un apestado. Eso, tener una pierna más corta que la otra y ser un indeseable en su propia familia, le jodió la vida.

Pero cuando nació todo era felicidad porque era el hijo mayor, el que llevaba el nombre de su padre, y porque era robusto, rollizo y varón, como sus padres deseaban, y porque lucía saludable y apuesto, a pesar de que sus padres no eran precisamente guapos. Su padre, don Bobby, era alto, flaco, enjuto, el gesto adusto, la mirada severa, la flema británica, la disciplina de hierro para hacer dinero en esa ciudad sudamericana, Lima, a la que había emigrado desde Dublín. Su madre, doña Vivian, de origen chileno, era baja y gordita, y tenía debilidad por el trago y los juegos de naipes. Se habían conocido en el casino de Valparaíso y poco después se habían casado en una iglesia de Lima.

Al cojo le llamaron Bobby porque así se llamaba su padre irlandés y así se había llamado su abuelo irlandés. Le decían Bobby o Bobby *the Third* o Bob. Su padre le hablaba en inglés y su madre en un español suavizado por la dulce musicalidad del acento chileno.

---

El cojo fue un niño querido y feliz los primeros ocho años de su vida, es decir, los años en que no fue cojo. Fue querido desmesuradamente por su madre, que lo colmaba de regalos y dulces y lo llevaba a los parques de diversiones y le hacía las más espléndidas fiestas de cumpleaños, y fue querido con el rigor y la severidad que se esperaban de su padre irlandés, que entendía que el cariño excesivo podía ablandar el carácter de su hijo mayor y convertirlo en un pusilánime, en un sujeto apocado y abúlico, como le parecía la mayor parte de los peruanos, cuyo país había elegido para vivir y en el que había prosperado rápidamente en el negocio de la venta de neumáticos y luego en el de la venta de autos.

De esos primeros ocho años felices de su vida, el cojo no solía acordarse de nada porque a menudo los recuerdos felices son los que más fácilmente se difuminan. Pero hay abundante constancia gráfica del amor que sus padres prodigaron al cojo en los años en que fue normal, en que no cojeaba. Era un niño mofletudo, moreno de tanto ir a la playa, de anchas espaldas y piernas de futbolista, con la contextura de un boxeador en miniatura. En el colegio se hacía respetar porque era bueno dando trompadas y patadas y porque le gustaba pelearse aunque la cosa no fuese con él, sólo por el puro gusto de repartir puñetes y escupitajos y mentarle la madre a alguien. En esto el cojo, que todavía no era cojo, parecía haber heredado el carácter agrio de su padre, que era un jefe implacable, despiadado, que llegaba a la fábrica de neumáticos a las seis de la mañana y se paraba en la puerta para tomar nota de los empleados que llegasen cinco o diez minutos tarde, a los que les descontaba el sueldo por la tardanza, sin escuchar siquiera sus disculpas o explicaciones. Era un jefe temi-

do y respetado, pero también odiado, y más de uno de sus empleados pensó alguna vez secuestrarlo o matarlo para vengar las humillaciones a las que los sometía ese irlandés espigado y de bigote, con cara de mala leche.

El cojo era un alumno mediocre. No sacaba buenas notas. No hacía las tareas ni tenía buena memoria ni se aplicaba en las clases y por eso su padre lo reñía severamente. Pero su madre lo consolaba, le regalaba chocolates y galletas importados, le decía que las notas no eran tan importantes, que lo único importante era que fuese un chico sano y feliz.

Sano y feliz fue durante ocho años, pero luego se enfermó y ya no fue sano ni feliz el resto de su vida. Enfermó de un mal llamado osteomielitis, que no era precisamente polio pero se le parecía, y que le carcomió ocho centímetros de la pierna derecha. Sus padres lo llevaron a los mejores médicos de la ciudad, hicieron todo lo posible por curarlo, pero todos los tratamientos fueron en vano. El cojo tenía una pierna más larga que la otra y era probable que la pierna corta se le siguiera achicando. Por eso lo subieron a un avión y lo llevaron a una clínica en Baltimore, donde lo sometieron a un tratamiento que al menos impidió que el hueso dañado siguiera encogiéndose. Su padre quería que lo dejaran normal, que saliera del hospital de Baltimore con las dos piernas del mismo tamaño, sin ser cojo para toda la vida. Pero los médicos le explicaron que eso era imposible, que el hueso se había empequeñecido y ya no había forma de hacerlo crecer.

—Entonces córtente la otra pierna —dijo el viejo Bobby, sin titubear—. Móchenle ocho centímetros de la pierna izquierda. Así me lo emparejan y me lo regreso a Lima más chato, pero como un chico normal.

Los médicos se negaron a amputar parte de la pierna sana del cojo. Su madre se indignó tanto con la sugerencia de don Bobby, que le dio una bofetada y le dijo en inglés que era un borracho hijo de puta, y se lo dijo en presencia de los médicos, que se hicieron los distraídos.

—Si Dios nos ha mandado a un hijo cojo, lo trataremos con amor —dijo doña Vivian, los ojos acuosos por la emoción y por los whiskys que se había echado para mitigar la emoción.

—El problema es que además de cojo pinta para cojudo —sentenció don Bobby, y por suerte el cojo no lo escuchó, porque estaba dormido, anestesiado.

Cuando regresaron a Lima, todo cambió. Don Bobby dispuso que construyeran una habitación con baño al fondo del jardín, donde dormiría su hijo el cojo, acompañado siempre de una empleada doméstica. El cojo no entendió por qué no podía seguir durmiendo en su cuarto, por qué lo mandaban a dormir a esa casita al fondo del jardín, lejos de todos. Ya don Bobby y doña Vivian habían tenido dos hijos más, de cuatro y dos años, a los que llamaron Charles y Peter. En los dos años siguientes al descubrimiento de la enfermedad del cojo tuvieron dos hijos más, Vivian e Ian, con una premura que sólo podía entenderse por la vergüenza que sentían de su hijo cojo y la necesidad de tener más hijos que caminasen normalmente. Cuando el cojo cumplió doce años, ya era un niño jodido, acomplejado, lleno de rencor contra sus padres. Porque no lo dejaban participar de las fiestas, de las comidas, de los cumpleaños de sus hermanos. Porque lo habían sacado del colegio y le daban clases particulares en su casita oscura al fondo del jardín, allí donde lo habían confinado como si fuera un leproso.

El cojo entendió, porque era tonto pero no tanto, que sus padres querían esconderlo del mundo, que era una mancha en la familia, un error genético, una molestia para todos. Sus hermanos menores se burlaban de su cojera y hasta las empleadas domésticas se reían, cubriéndose las bocas desdentadas, cuando hacían chistes crueles sobre el cojito, al que llamaban *El Rey de la Cumbia*. La vida del cojo parecía condenada a la clandestinidad impuesta por sus padres y al escarnio de sus hermanos y amigos. El cojo lloraba amargamente cuando había una fiesta y lo dejaban encerrado en la casita al fondo del jardín para que nadie supiera que existía y cojeaba notoriamente, que don Bobby, el gran empresario irlandés que había triunfado en Lima y acababa de fundar un banco, tenía un hijo cojo y medio tonto, que no caminaba bien ni se expresaba con la propiedad y la lucidez que se esperaba de su hijo mayor. El cojo se sentía una mierda, una basura, cuando lo escondían de los demás. *Yo no tengo la culpa de ser cojo*, pensaba. *Dios, hijo de puta, por qué mierda me hiciste cojo*, se lamentaba. Y un día que era el cumpleaños de Charles, el cojo se rebeló y rompió el cautiverio en el que se hallaba y le dio un puñete y una patada a la empleada que estaba obligada a vigilarlo y salió corriendo y cojeando a la vez hasta llegar al comedor donde los invitados estaban cantándole «Happy birthday» al niño Charles. Todos enmudecieron cuando vieron entrar al cojo cojeando con la cara encabronada y el ánimo de venganza. Su padre le gritó:

—Bobby, ¿qué demonios haces acá? ¡Vuelve inmediatamente a tu cuarto!

La torta blanca estaba coronada por unas velas encendidas que Charles debía soplar cuando terminasen de cantarle «Happy birthday». El cojo no le hizo caso a su

---

padre: se subió a la mesa, pisando sanguchitos, alfajores y gelatinas, se bajó la bragueta ante la mirada atónita de las señoras y los amiguitos de Charles, y empezó a mear sobre la torta, apagando las velas. Luego lanzó una risotada feroz, malvada, que dio escalofríos a su madre y que hizo que su padre, don Bobby, sentenciara en voz baja:

—Te jodiste, cojo de mierda. Ahora te mando al internado inglés.

El loco no nació loco. Nació feo y tartamudo y eso le jodió la vida y terminó por volverlo loco.

No todos los feos y tartamudos se vuelven locos, pero el loco nació con un talento natural para la locura y para hablar de una manera tan violenta y atropellada que nadie podía entenderlo, así que estaba en su destino que nadie lo entendiera y ser por eso un loco y no un loco cualquiera sino uno del carajo, un loco memorable, el loco más enloquecido de una ciudad llena de locos como Lima.

Casi todos los padres dicen que sus hijos son lindos y encantadores, pero los padres del loco, cuando lo vieron nacer, quedaron asustados por lo feo que era y por lo espantosos que sonaban los alaridos que lanzaba. No parecía un bebé nacido para ser feliz, parecía un amasijo peligroso de rabia y fealdad, un bicharajo hediondo, peludo y pingón que movía los pies como queriendo patear a todo el que pudiera y lloraba de una manera entrecortada, anunciando su brutal tartamudez.

Era el primer hijo de don Ismael y doña Catalina y había sido concebido con amor, pero no por eso

les pareció menos feo y odioso. Lo odiaron desde la primera vez que lo vieron y lo siguieron odiando cuando creció y siguió gritando y pateando y rompiendo todo y cuando empezó a hablar en ese idioma fragmentado y frenético que parecía haberse inventado para joder a todo el mundo y en el que nadie podía entenderlo.

Podía perdonársele que fuera tartamudo, pero además era feo, antipático, chillón, peludo y peligroso como una tarántula, y sus padres se sentían avergonzados de haber procreado a una criatura que, a los ojos de cualquiera, resultaba horrenda e insoportable de mirar.

Como era previsible, don Ismael y doña Catalina vengaron ese primer fracaso inesperado teniendo cinco hijos más, cinco hijos que les salieron guapos y bien hablados, cinco hijos que borraron esa mancha oprobiosa que era el loco, y procuraron alejarlos todo lo posible del primero y más fallido de sus hijos, al que entregaron al cuidado de las empleadas domésticas y al que, para no afearse la vida o para no recordar ese fracaso genético, trataban de ver lo menos posible.

El loco supo desde muy niño que sus padres no lo querían, que sus hermanos no lo querían, que las empleadas que lo cuidaban tampoco lo querían ni le tenían paciencia y le jalaban las orejas y le decían groserías a escondidas, sin que oyeran los patrones. El loco supo que era un estorbo, un asco, un fastidio para todos, sólo que al comienzo no entendía bien por qué nadie lo quería, si por tartamudo o por feo o porque le crecían pelos por todas partes y parecía una araña venenosa.

El loco no iba al colegio porque era más bruto que una pared de cemento y no entendía nada y nadie lo entendía a él. Sus padres contrataron a un profesor particular para que le enseñase a leer y escribir y su-



mar y multiplicar, pero el loco era una bestia redomada y no aprendía un carajo y cuando le hablaba al profesor no se sabía si lo estaba insultando o halagando o si estaba pidiéndole permiso para ir a cagar. Lo raro era que el loco no se empantanaba con las palabras, no era un tartamudo normal, al loco las palabras le salían tan atropelladamente que se montaban unas sobre otras y terminaba diciendo en una palabra incomprensible lo que había pensado decir en tres o cuatro. Era una ametralladora verbal, disparaba las palabras como balas o cartuchos y estallaban en la cara de quien hiciera el esfuerzo de escucharlo y entenderlo, un esfuerzo que siempre resultaba inútil, porque a veces ni el propio loco entendía lo que había dicho o querido decir.